
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 88:

La locura de Nabucodonosor

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 88

LA LOCURA DE NABUCODONOSOR

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 88

El rey Nabucodonosor ha estado reinando aproximadamente unos 25 años. Ha conseguido mucho durante su reinado, ha asegurado su reino, y bajo su gobierno su imperio está floreciendo. El sueño que tuvo sobre la estatua con la cabeza de oro haciendo referencia a su reino, ciertamente, parece haberse cumplido. Dios ha permitido que su imperio prospere. Ahora llegamos al capítulo 4 del libro de Daniel. Este capítulo comienza de manera diferente a los tres capítulos anteriores. Parece como si el propio Nabucodonosor estuviera narrando los acontecimientos de este capítulo. Una vez más, tenemos otro sueño que considerar.

¿Recuerdas el sueño que Daniel interpretó en el capítulo 2 acerca de la estatua exageradamente grande con una cabeza de oro? ¿Recuerdas también que no fue hasta que Daniel se presentó ante el rey que este recibió la interpretación de su sueño? Dios le había dado el sueño y su interpretación a Daniel para que pudiera darle una explicación al rey. En esta lección, veremos el segundo sueño importante que tiene el rey Nabucodonosor.

Veamos la introducción del capítulo 4. Nabucodonosor comienza con una bendición. Él dice: «Paz os sea multiplicada —y continúa diciendo—. Conviene que yo declare las señales y los milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo —y dice—. ¡Cuán grandes son sus señales y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío, de generación en generación». ¡Qué confesión tan asombrosa! Parece como si Nabucodonosor se diera cuenta una vez más de que el Dios de Daniel es el supremo gobernante de todas las cosas. Nabucodonosor confiesa que el reino de Dios es eterno. Confiesa que su dominio continúa de generación en generación.

Estoy seguro que recuerdas cuando Daniel interpretó el primer sueño de Nabucodonosor, Daniel dijo claramente que el reino de Nabucodonosor sería conquistado por otro reino, que hoy sabemos que serían los medos y los persas. Y luego, habría otro reino más —el de los griegos— que los conquistaría a ellos. Y los romanos terminarían conquistando a los griegos. Y esto continuaría hasta que la piedra que fue cortada no con mano, destruyera todos estos reinos, y finalmente ese reino llenaría toda la tierra. Y sabemos que esto se refería al reino de Dios. Así que, Nabucodonosor está en lo correcto: el reino de Dios es eterno, y será el único reino que perdurará.

Nabucodonosor nos da más contexto. Dice que estaba descansando en su palacio y que tuvo un sueño. Al igual que el sueño que tuvo anteriormente, este sueño también lo dejó muy inquieto. Dice que el sueño lo asustó, y que las imaginaciones y visiones que había tenido lo perturbaron. ¿Qué va a hacer Nabucodonosor? Seguramente volverá a llamar a Daniel para que lo ayude. Recordarás de la lección sobre su primer sueño que cuando los sabios y astrólogos no pudieron interpretar su sueño, ni tampoco decirle cuál era su sueño, el rey amenazó con matar a todos los sabios del reino. Fue solo cuando Daniel intercedió en nombre de todos los sabios y le pidió al rey más tiempo —para que Daniel pudiera orar a Dios y pedirle a Dios que le mostrara el sueño y la interpretación— que él fue capaz de regresar al rey, y decirle tanto su sueño como la interpretación.

Pero una vez más, el rey llama a todos los magos, astrólogos, caldeos y adivinos para que interpreten su sueño. Esta vez, sí recuerda el sueño, por lo que, les cuenta el sueño, pero leemos que ellos no le dieron a conocer al rey su interpretación. Fíjate que no leemos que no pudieron, sino que no lo hicieron. No estamos seguros de por qué no interpretaron el sueño del rey. Tal vez, no estaban seguros de su significado. Tal vez, tenían miedo de perder la vida si le decían al rey lo que significaba. Cualquiera sea el caso, parece que Daniel es el último en presentarse ante el rey.

Nuevamente, Nabucodonosor describe a Daniel como alguien en quien está el espíritu de los dioses santos. Nabucodonosor reconoció que el Dios de Daniel estaba con él y que el Dios de Daniel era superior. Nabucodonosor le pide a Daniel que interprete el sueño. Le reitera que él sabe que el espíritu de los dioses santos está en Daniel, por lo que no tendrá dificultad para entender el sueño. Así que el rey comienza a contárselo: Él vio un árbol en la tierra que era muy, muy alto. Y el árbol seguía creciendo, y este árbol también era muy fuerte. El árbol siguió creciendo hasta que llegó al cielo, y todas las personas de la tierra podían verlo. Por supuesto, el rey no se refiere al mundo entero, sino más bien a su mundo conocido, probablemente al reino que él mismo controlaba y gobernaba. Dice que el árbol tenía muchas hojas que eran hermosas a la vista, y no solo eso, sino que el árbol también tenía un tipo de fruto que era de alimento para muchos. Las bestias del campo podían descansar bajo la sombra de este gran árbol. Muchas aves podían vivir en sus ramas y follaje. Dice que toda carne se mantenía de una u otra manera de este árbol.

Este debe haber sido un árbol asombroso, tan grande, tan alto, tan fuerte y tan fructífero, que parece que era capaz de proveer para todo el reino. ¿Y qué pasó? El rey ve a un vigilante, a un santo que descendía del cielo. Y se da una orden: «Cortad el árbol, y desgajad sus ramas, [quitadle todo] su follaje y desparramad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él y las aves de sus ramas». Pero, hay la orden de dejar la cepa de las raíces del árbol, atado en la tierra con hierro y bronce. Es casi como si la orden incluyese que se riegue esta cepa para que no muriese del todo. Y luego leemos algo muy extraño. Dice: «y su parte sea con las bestias en la hierba de la tierra. Sea cambiado su corazón para que no sea corazón de hombre, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos». Ese «él», es Nabucodonosor.

Y luego leemos que «la sentencia es por decisión de los vigilantes y por dicho de los santos la demanda, para que conozcan los vivientes que el Altísimo se enseñorea del reino de los hombres, —esto es, el Dios Altísimo— y que lo da a quien él quiere y hace rey a quién él quiere». Así Nabucodonosor termina de contar su sueño a Daniel, y le dice: «Dime su interpretación porque todos los sabios de mi reino no pudieron darme a conocer su interpretación, pero tú puedes. —¿Por qué?— Porque el espíritu de los dioses santos está en ti», dice de nuevo Nabucodonosor. Al rey no le cabe duda de que Daniel es capaz de decirle lo que significa este extraño sueño.

Cuando Daniel escuchó el sueño, leemos que se quedó atónito. Se quedó muy turbado. Leemos en el versículo 19, que estuvo atónito por casi una hora. El rey se da cuenta de esto, y le dice a Daniel que no se preocupe, que solo le diga lo que significa el sueño. La respuesta de Daniel es que él desearía que el sueño fuera para los enemigos del rey y no para el rey. Entonces, procede a darle a Nabucodonosor el significado del sueño: El árbol grande, el árbol fuerte, ese árbol enorme que parecía alcanzar los mismos cielos, el árbol que tenía muchas ramas y hermosas hojas y una gran cantidad de fruto, el árbol que parecía ser capaz de proveer para todo el reino, ese árbol no es otro que el mismo rey Nabucodonosor. El rey extendió su reino, el rey era fuerte y poderoso, el rey estaba proveyendo para todo su imperio.

Daniel le habla sobre la sentencia. Daniel le dice al rey que será echado de entre los hombres, y que vivirá con las bestias en el campo. Y que, incluso, comerá hierba, como un caballo, una vaca o un buey. Y que siete tiempos, —es decir, siete años— pasarán antes de que el rey reconozca y entienda que el Altísimo gobierna en los hombres, —esto es, Dios mismo— y que da el reino a quien él quiere, y bendiciones a quién quiere, también. ¿Y qué hay de la cepa? ¿Qué significa eso? Daniel dice que el hecho de que la cepa de las raíces permanezca en la tierra significa que el reino le será restaurado a Nabucodonosor después de este tiempo.

Daniel también le da al rey una advertencia, una amonestación respetuosa, dice: «Oh rey, mi consejo te sea grato, y rompe con tus pecados haciendo justicia y con tus iniquidades haciendo misericordias para con los pobres; por si pueda haber una prolongación de tu tranquilidad». Parece como si Daniel estuviera diciendo que si el rey se arrepiente y se aparta de los pecados e iniquidades que actualmente está cometiendo, Dios le tendrá misericordia y le dará una paz prolongada. ¿Pero qué sucede? Leemos que unos doce meses después, Nabucodonosor estaba paseando en su palacio real de Babilonia, y mientras contempla los muros de la ciudad, los grandes edificios, quizás también sus hermosos jardines, medita sobre todos sus logros.

La arqueología ha descubierto algunos restos de estas inmensas estructuras. Los muros de la ciudad eran lo suficientemente anchos como para que dos carros cabalgaran por encima uno al lado del otro. Había un muro interior y uno exterior que rodeaban la ciudad. Si los enemigos conseguían derribar el primer muro, se quedarían atrapados entre

este y el muro interior. ¡Qué fortaleza debió haber sido ésta! Así que, mientras Nabucodonosor admiraba esta obra, él dice: «¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa del reino, con la fuerza de mi poder y para gloria de mi grandeza?».

¿Cómo? ¿Acaso no escuchó lo que dijo Daniel, que es Dios quien da bendiciones a quien Él quiere, y que es el Dios Altísimo quien da el reino a quien Él quiere? Realmente, Nabucodonosor no tenía nada que ver con esto. Dios lo había puesto en una posición de autoridad. Dios le había dado la capacidad de conquistar a otras naciones. Dios le había dado la riqueza que había obtenido. Dios le había dado los recursos para construir esta increíble ciudad y palacio. Tan pronto como terminó de hablar Nabucodonosor, vino una voz del cielo: «El reino es traspasado de ti, y de entre los hombres te echarán, y con las bestias del campo será tu morada, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo se enseñorea en el reino de los hombres y a quien él quiere lo da».

Nabucodonosor recibe de inmediato el cumplimiento de la sentencia. La aflicción que Dios utiliza se llama licantrópía, en la cual un ser humano cree que es un animal y actúa como un animal. Debido a esta locura, Nabucodonosor es expulsado del palacio. Come hierba como un animal, duerme en el campo, sus uñas crecen, su cabello creció mucho durante esos 7 años. Pero, como Dios es fiel a Su palabra, también se aseguró de que el reino siguiera funcionando. Dios no permitió que nadie invadiera el reino durante ese tiempo, los hombres que Nabucodonosor había puesto como autoridades, siguieron gobernando el reino. No fue sino hasta el final de estos siete años que leemos que Nabucodonosor alzó sus ojos al cielo, y cuando lo hizo, su razón le fue devuelta, tal como Daniel dijo que sucedería.

¿Y qué hará ahora Nabucodonosor? ¿Estará enojado porque fue castigado para comportarse como un animal durante siete años? ¿Estará enojado porque Dios le hizo esto? ¡En absoluto! Leemos que el rey bendijo al Altísimo. Nabucodonosor dice: «Alabé y glorifiqué al que vive para siempre, porque su señorío es señorío sempiterno y su reino de generación en generación». ¡Qué confesión tan asombrosa de parte de un rey pagano! Nabucodonosor reconoce que todos los habitantes de la tierra, por muchos que sean, no son nada —en términos de cantidad— a los ojos de Dios. Y que Dios hará lo que él quiera, y nadie puede impedir que Dios haga lo que quiera, y, además, nadie puede cuestionar a Dios sobre lo que Él está haciendo. Nabucodonosor dice que una vez que su sentido le fue devuelto, y su locura se fue, dice que también volvió su dignidad, y su grandeza, y sus consejeros lo buscaron para traerlo de vuelta al trono. Así que, una vez más, Nabucodonosor reinó como rey. Él dice que una mayor grandeza le fue añadida. En otras palabras, su excelencia y majestad fue mayor que antes de esta locura. Verdaderamente, Dios había aumentado su capacidad como rey.

Esta lección es un buen recordatorio para todos nosotros de que todas las bendiciones que tenemos provienen de Dios. Todas nuestras habilidades y talentos nos son dados por

Dios. La pregunta para nosotros es: ¿Cómo los estamos utilizando? ¿Estamos usando nuestros dones y talentos para la honra y la gloria de Dios? Debemos tener cuidado, porque Dios también puede quitarlos y retirarlos, así como le quitó la cordura a Nabucodonosor por un tiempo. Debemos fijarnos especialmente con lo que hacemos con la Palabra de Dios. ¿Estamos utilizando todos los medios de gracia que Dios nos ha dado? Porque éstos también pueden ser retirados o apartados de nosotros. Seamos fieles mayordomos de todo lo que Dios nos da.

Veamos cómo Nabucodonosor concluye este relato. Leemos en el versículo 37: «Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad y sus caminos justicia; y puede humillar a los que andan con soberbia». Matthew Henry comenta sobre este versículo: «No cabe ninguna duda de que Nabucodonosor tuvo un verdadero arrepentimiento y que fue un creyente perdonado. Se cree que no vivió más de un año después de su restauración. Así, pues, el Señor sabe humillar a los que andan con soberbia, pero concede Su gracia y perdón al pecador humillado y de corazón quebrantado que clama a Él».